

LA TRANSICIÓN ESPAÑOLA COMO ÉPOCA CLAVE EN LA REFORMULACIÓN DE LA IDENTIDAD ESPAÑOLA ACTUAL

THE SPANISH TRANSITION AS A KEY TIME
IN THE REFORMULATION OF CURRENT SPANISH IDENTITY

Jan MLČOCH

Ostravská Univerzita (República Checa)

Resumen: En los últimos años en España se pueden observar procesos cuyo objetivo es la resignificación de los acontecimientos clave en la historia contemporánea española de acuerdo con las tendencias discursivas procedentes de la izquierda política. Basándose en un análisis de novelas españolas publicadas entre 1995 y 2020 el presente estudio demuestra cómo la actual literatura contemporánea ayuda al proceso de la resignificación del discurso sobre la Transición. Este singular fenómeno histórico ha empezado a verse como un origen del presente deficitario de la actualidad española lo que contrasta con la versión «oficial» que presenta la Transición como una época modelo. Teniendo en cuenta la importancia de la Transición en la construcción de la identidad de la España actual el proceso de su resignificación pone en entredicho la convivencia de los españoles.

Palabras clave: Identidad. Literatura española contemporánea. Memoria histórica. Guerra civil española. Transición.

Abstract: Recently, we are witnessing a resignification of key events in contemporary Spanish history. Along with the Civil War, this process also affects the Transition period. Based on an analysis of Spanish novels published between 1995 and 2020, this study shows how current contemporary literature helps the process of resignification of the discourse on Transition. This singular historical phenomenon has begun to be seen as an origin of the deficit present of the Spanish present day, which contrasts with the "official" version that presents the Transition as a model epoch. Considering the importance of the Transition in the construction of the identity of today's Spain, the process of its resignification calls into question the coexistence of the Spanish.

Key words: Identity. Spanish Contemporary Literature. Historical Memory. Spanish Civil War. Transition Period.

Introducción

La publicación en 1992 del hoy ya clásico ensayo de Francis Fukuyama *El fin de la Historia y el último hombre* suscitó una gran polémica en torno a sus postulados. Muchos de los que refutaron la argumentación del politólogo estadounidense, que auguró la victoria de la democracia liberal en la lucha ideológica de la Historia, actuaron como si se hubieran olvidado de leer el texto entero y de una manera detenida, porque si bien la fecha de la publicación del ensayo propiciaba su lectura como el mencionado «canto de victoria», ya en él Fukuyama advertía de los peligros que pudieran poner en entredicho la convivencia democrática, que tanto celebraba en aquel texto. Una de las amenazas que problematizaba Fukuyama consistía en una excesiva lucha por la igualdad que según él supondrá el mayor peligro para la democracia: «Una civilización a la que gusta una irrefrenable *isothymia* e intenta eliminar cualquier manifestación de la desigualdad pronto se topará con los límites de la naturaleza¹» (Fukuyama, 2002: 298).

Con esta afirmación se enlaza su ulterior investigación recogida en el ensayo titulado *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento* (2019)². En él Fukuyama continúa con la argumentación hegeliana afirmando que la lucha por la dignidad es la fuerza motriz de la Historia y reflexiona sobre el comienzo de las actuales políticas del populismo en la civilización occidental. Para tal estudio opera con los conceptos de la «identidad» y del «resentimiento». Si bien para Fukuyama el populismo se relaciona con fenómenos políticos como la presidencia de Donald Trump o el referéndum del Brexit, no es necesario limitarse al ala derecha del espectro político. Al contrario, hay que ampliar y revisar bajo la misma perspectiva la parte tradicionalmente relacionada con la izquierda porque, al fin y al cabo, es también ahí donde asistimos al auge de nuevas ideologías que han logrado minar el consenso democrático. Dice Fukuyama que «el aumento de la política de la identidad en las democracias liberales modernas es una de las principales amenazas a las que se enfrentan» (2019: 18).

Identidad

El término «identidad» o las «políticas de la identidad» son relativamente recientes. Fue Erik Erikson quien popularizó el término en la psicología de los años 50; la colocación «políticas de identidad», por ende, debe su notoriedad a los *culture studies* que empezaron a estar en boga a partir de los años 80 y 90, primero en EE. UU. y posteriormente en Europa (Fukuyama, 2019: 25).

La identidad, como bien dice Fukuyama (2019: 26), parte de la diferencia de valores que, por un lado, una persona se otorga a sí misma y, por otro, le son otorgados por su entorno. Dicho de otra manera, estamos ante un conflicto originariamente psicológico que opone la autoestima del hombre a

¹ La versión en checo traducida por el autor del estudio: «Civilizace, jež si libuje v nespoutané isothymii a pokouší se odstranit každý projev nerovného uznání, rychle narazí na omezení, které před ní postavila příroda».

² El original en inglés data de 2018.

la posición social, cultural o política que le concede la sociedad. La frustración que puede surgir de esta oposición es, por consiguiente, el motivo de actividades de diversa índole, entre ellas también de las actividades de carácter político. Parece comprensible porque la convivencia democrática siempre ha supuesto una lucha política entre la defensa de distintas opiniones, estilos de vida o, si se prefiere, identidades. Sin embargo, en la actualidad el resentimiento que surge de la falta de estima personal frente al resto de la sociedad supera las pugnas por paliar las diferencias económicas que dominaban en la política en el pasado. Para poder comprender la actualidad política hay que abandonar la premisa de que el hombre es un ser racional que quiere economizar su comportamiento. La economía que jugó un rol decisivo en las pasadas centurias de nuestra historia ha dado paso a los sentimientos.

Posmodernismo

Si queremos encontrar el origen de los cambios mencionados debemos remontarnos a los años sesenta cuando en las humanidades en Occidente se asienta el concepto del posmodernismo³. Este, entre otras cosas, puso mucho énfasis en la subjetividad y el rol del yo. Sus promotores rechazaban cualquier metafísica lo que llevó a la desaparición del concepto de la verdad que se empezó a ver como una simple versión particular de los hechos. A partir de ahí, prácticamente toda la realidad —incluso la concerniente a la naturaleza— se ve como una construcción arbitraria y subjetiva que es posible y muchas veces necesario deconstruir (Payne, 2017: 278).

La desaparición del concepto de la verdad ha debido suponer, en teoría, un pluralismo de opiniones, estilos de vida o, de nuevo, identidades que se empezaban a percibir como iguales. Pero, en realidad, ha generado un vacío que había que rellenar. La natural propensión del hombre de superar a los demás y el conflicto entre la autoestima y los valores otorgados por la sociedad han creado una lucha entre opiniones identitarias. Ayudados por la *oikophobia*⁴ exployada en el mundo occidental, corrección política y un presentismo absoluto, los promotores del posmodernismo iniciaron una guerra cultural⁵, en la cual el concepto de identidad juega un papel clave; pero ya no se trata de una identidad individual, sino colectiva, entendida esta como propiedad de grupos o colectivos, con una cultura propia, muchas veces antes marginada. Estos grupos sociales movidos por el resentimiento luchan por su posición social, política y cultural y de acuerdo con su propia autoestima han empezado a imponer su «versión subjetiva» originaria como la única «verdad posible». Como la corrección política impedía tener un debate abierto —porque, no lo olvidemos, son los sentimientos los que importan—, la política izquierdista ha logrado legitimar solo algunas de las identidades mientras que otras han sido ignoradas (Fukuyama, 2019: 135).

³ Jean Francois Lyotard publica su ensayo *La condición posmoderna* en 1979.

⁴ En su *England and the Need for Nation* (2004: 33-38), Roger Scruton adaptó la palabra a la esfera de la politología con el significado de rechazo del legado de la propia cultura y civilización. Según Scruton, la *oikophobia* es típica de un estado adolescente de la mente humana que se debe superar. Lamentablemente está cada vez más presente en el mundo académico y cultural de la sociedad occidental.

⁵ Otros prefieren usar el término «combate cultural» (cfr. Roger Kimball (2015)).

La Transición española como época clave en la reformulación de la identidad española actual

Otro factor clave en el debate actual es el victimismo. Según Castillos Cebalos, se trata de «la tendencia de una persona o de un colectivo a hacerse pasar por una víctima, de forma más o menos consciente. Se queja de una supuesta agresión o menosprecio y responsabiliza de ello a un determinado entorno social, del que espera compasión y reparación» (2019, s. p.). También el victimismo tiene su origen en la lucha imaginaria o real entre el *yo* individual y su entorno respecto al valor que se le otorga a este *yo*. El sentimiento de infravaloración se traduce en una posición de víctima de la sociedad o del sistema. Si bien ser una víctima presupone en su origen algún perjuicio, desde el punto de vista moral se trata de una posición privilegiada e incuestionable. Danielle Giglioli dice que «la víctima es el héroe de nuestro tiempo. Ser víctima otorga prestigio, exige escucha, promete y fomenta reconocimiento, activa un potente generador de identidad, de derecho, de autoestima. Inmuniza contra cualquier crítica, garantiza la inocencia más allá de toda duda razonable. La posibilidad de declararse tal es una casamata, un fortín, una posición estratégica para ser ocupada a toda costa. La víctima es irresponsable, no responde de nada, no tiene necesidad de justificarse: es el sueño de cualquier tipo de poder» (Giglioli, 2017: 6). Al igual que con la identidad también aquí una forma de comportamiento patológico individual ha llegado a considerarse una característica de colectivos cuyos miembros exigen de la sociedad circundante ya no solo respeto, sino una rendición total a sus exigencias (Fukuyama, 2019: 26).

España en conflicto de identidades

España es en la actualidad uno de los países más liberales de Europa. Las guerras culturales entre grupos sociales y políticos están presentes también allí, por lo cual España no supone ninguna excepción respecto a sus vecinos o a EE. UU. Sin embargo, para poder hablar de la identidad española, hay que tener en cuenta una larga tradición de la ensayística —y también política— que discutía los conceptos de la identidad nacional, por un lado, y un debate acerca del propio término de «nación», por otro. Si nos adherimos a una definición clásica de nación que según el DLE es un «conjunto de personas de un mismo origen y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común» estamos ante dos puntos problemáticos: el idioma y la tradición. En el presente estudio no nos vamos a ocupar de cuestiones lingüísticas⁶. Lo que nos interesa es el segundo punto de la definición: la tradición. Según R. Scruton, la tradición es «un término emocionalmente expuesto y positivamente aceptado, utilizado dentro de ciertas formas del conservadurismo para confirmar su respeto hacia el pasado» (1989: 160). Los conservadores, según Scruton, son conscientes de que el presente es una continuación y no un comienzo de la identidad política y social y destacan el carácter colectivo del término. Como el término «tradición» lleva intrínseco el pasado, no es de extrañar que sea precisamente la historia la que ha terminado en el punto de mira de los grupos sociales y políticos que pretenden redefinir España en virtud de su identidad particular.

⁶ Hay que tener en cuenta que la política lingüística de algunos gobiernos autonómicos y la reciente aprobación de la llamada Ley Celaá supone un grave obstáculo para la cohesión lingüística en el país.

Momento memoria

Los problemas teóricos hasta ahora expuestos han empezado a cobrar importancia en España a partir de los años 90. Este hecho se debe a varios factores. En primer lugar, es en esta década cuando se produce «un viraje muy específico en la realidad política española, y el enfoque victimista de la izquierda ocupó una posición dominante en los postulados de la corrección política» (Payne, 2017: 284). En segundo lugar, ocurre un importante cambio generacional: la generación nacida después de la dictadura de Franco y educada en plena democracia entra en la política. Los miembros de esta generación ya no tienen una experiencia directa ni con la guerra civil ni con ninguna de las fases del franquismo lo que se traducirá en su forma de actuar en la política española. La conjunción de estas dos circunstancias supone una nueva mirada hacia el pasado español. Siguiendo los modelos de otros países, también en España empieza a estudiarse la Historia en virtud del concepto de *memoria histórica*. De hecho, fue precisamente en los años noventa cuando Marianne Hirsch acuñó el concepto de la *posmemoria* (1992) para denominar a la generación de hijos o nietos de víctimas del Holocausto que continúan con el trauma familiar y se consideran víctimas de lo ocurrido. El término se extendió a la realidad española, a través del activismo de colectivos que reivindican la memoria histórica y cuyas acciones adquirieron unas dimensiones vertiginosas. En 2000 se funda la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica que junto con otros colectivos e individuos particulares ejerce una presión social para el reconocimiento oficial de los perdedores de la guerra. Ismael Saz (2007) habla del año 2000 como del *momento memoria*, porque es precisamente por estas fechas cuando se inicia una intensa reinterpretación del pasado y se complace la demanda social de ciertos sectores izquierdistas que han impuesto su visión particular sobre el pasado español, visión que se verá luego oficializada en la Ley de la Memoria Histórica (2007). Si bien casi la totalidad de historiadores españoles se oponían a la canonización de una versión oficial de la historia española⁷ hoy podemos afirmar sin poca objeción que la Guerra Civil es presentada no como una contienda fratricida entre dos bandos igualmente malos o una lucha entre dos postulados no democráticos, sino como una guerra entre la democracia representada por una república legítima y unos sublevados fascistas y totalitarios. En virtud de la Ley de la Memoria Histórica la Guerra Civil española es la única guerra europea donde los vencidos se han convertido en vencedores, al menos, a nivel moral⁸.

Transición

Ahora bien, debido a que el debate sobre la Guerra Civil y el franquismo parece estar cerrado, los activistas y políticos izquierdistas, de acuerdo con sus postulados identitarios, se han centrado en otra época de la historia española: la Transición.

Este período, cuyos inicio y fin son difíciles de delimitar, supuso en la historia de España un fenómeno singular. Ni las transiciones portuguesa y griega acaecidas por las mismas fechas ni las

⁷ Cfr. Payne (2017: 287-289).

⁸ Cfr. Mlčoch (2018).

La Transición española como época clave en la reformulación de la identidad española actual

transformaciones relacionadas con la caída del comunismo en la Europa central ocurrieron tan fácilmente como la española⁹. El éxito incuestionable del paso de la dictadura a la democracia capitaneado por el rey Juan Carlos I supuso, al lado de las reformas hechas en el interior del país, un cambio de percepción de España en el extranjero. La Transición se veía como un modelo a seguir y se recomendaba tanto a los regímenes autoritarios latinoamericanos como, luego, a los países poscomunistas (Ženíšek, 2006: 66-67). La rápida entrada de España en la OTAN y en la UE cambió la percepción del *Spain is different* franquista y, al mismo tiempo, para los españoles el hecho de ser aceptados por sus socios europeos fue una experiencia nueva que hasta hoy juega un papel clave. Como dice S. G. Payne (2017: 273), el «aplauzo internacional fue prácticamente unánime».

Vista desde hoy, la Transición española está rodeada de mitos y leyendas. Uno de ellos es el afamado «pacto del olvido». Como han escrito muchos (Juliá 2006, Juliá 2010, Payne 2017), en la Transición no se olvidó nada. Más bien todo lo contrario: debido a los recuerdos relativamente recientes de la guerra los protagonistas de los cambios políticos andaban con cautela a la hora de utilizar el pasado como un arma política. La Guerra Civil y la dictadura estaban presentes y en «ningún momento, ni antes ni después, se le prestó tanta atención [a la historia] y nunca antes había sido tan asequible» (Payne, 2017: 275). Se publicaron decenas de ensayos históricos, testimonios, comunicaciones, se organizaron congresos y ciclos de conferencias, etc. Puede que estas obviedades parezcan redundantes, pero a la hora de analizar discursos actuales, vemos que es necesario recordarlas.

Tampoco es verdad que la Transición no fuera reflejada en la literatura. Como ha demostrado Gonzalo Pasamar (2019), la Transición se ha visto representada en la novelística ininterrumpidamente a partir de 1976 y su aparición no fue solamente la de un contexto histórico, social o político, sino también la de un momento de reflexión sobre el pasado. Nada más lejos del mítico pacto de silencio: «la mayoría de las novelas que se inspiran en la Transición llevan el sello de la referencia a la Guerra Civil» (Pasamar, 2019: 261). Es lógico porque «la memoria por excelencia de quienes vivieron la Transición fue la de la Guerra Civil y la posguerra» (Pasamar, 2019: 261).

Ahora bien, la imagen de la Transición reflejada en las novelas es en general contrastante con el discurso victorioso y positivo. Las novelas —entre las que destacan las novelas negras— siguieron la misma evolución que el resto de la sociedad española, comprendiendo los años noventa como una especie de época divisoria. Como bien dice Pasamar, «mientras que durante los años de la Transición y consolidación de la democracia las novelas reflejaron las preocupaciones de los contemporáneos, en la última década del siglo se abre una época actual en la que son otras las inquietudes, gustos e intereses, e incluso cierta perspectiva histórica, los que contribuyen a la construcción de los relatos» (2019: 261). Asistimos entonces a un proceso de «historización» de la Transición, porque con el cambio generacional antes mencionado y la paulatina desaparición de los protagonistas del paso de la

⁹ Las primeras porque fueron consecuencia de una derrota militar, las otras porque la caída del comunismo no suponía solo el final de la dictadura política, sino también la recuperación de independencia nacional y una radical transformación de la economía.

dictadura a la democracia la nueva generación empieza a cuestionar el discurso victorioso de una Transición modelo.

Una vez acabada la lucha por la resignificación de la Guerra Civil española, los jóvenes intelectuales de la izquierda pusieron a la Transición en su punto de mira. A nivel político y social, la Transición ha empezado a vincularse más con el franquismo que con el inicio de la democracia y las fuerzas políticas intentan desentenderse de ella. La estrecha relación que en teoría guardaba la Transición con el franquismo puede observarse entre otros hechos también en la inclusión del período de la Transición en capítulos de libros de textos relativos al franquismo, aparición de ensayos u obras historiográficas que hacen lo mismo, o la proposición de Ley de la Memoria Democrática que comprende los años de la Transición como años de «persecución o violencia» (lamoncloa.gob.es). Ahora bien, como señala María Ángeles Naval, «al hablar de la memoria de la Transición reconocemos implícitamente que había también víctimas de la misma que hay que recompensar por el trauma vivido» (Naval, 2019: 106). Y es precisamente en ese momento cuando la Transición equipara su posición a la que hasta entonces había ocupado la Guerra Civil.

Desde una perspectiva cultural, Violeta Ros Ferrer encuentra en la Transición un *locus fundacional* que comprende como «el inicio de un hilo narrativo que conduce desde los orígenes del período democrático hasta un presente deficitario» (2020: 151). En otras palabras, la Transición se convierte en el origen de todos los males presentes de la actualidad española. Pasamar añade que la novela actual sobre la Transición «no representa una simple ampliación temática, sino que transmite, asimismo, de modo expreso o tácito, una imagen y valoración general del acontecimiento histórico que tiende a adaptarse a nuevas inquietudes y problemas» (2019: 325). Uniendo los dos argumentos encontramos un panorama literario en el cual las novelas en las que aparece la Transición sirven como escenarios del ajuste de cuentas, de venganza, incluso de grito de desesperación de los que se sienten traicionados o insatisfechos por el actual estado de la democracia española. En la mayoría de las veces los autores de estas novelas son miembros de la generación de la *posmemoria* que no participaron activamente en el proceso de democratización de España ni mucho menos guardan recuerdos directos de la dictadura.

La memoria de la Transición en la novela española actual

Ya hemos mencionado que la imagen de la Transición que pintan los autores actuales de España es bastante negativa. Llega desde la visión de una época convulsa y violenta hasta los relatos que tematizan los problemas sociales de la época. La innovación de los textos consiste en que proyectan la Transición sobre el presente. Este está en crisis y los autores lo consideran deficitario. Además, aprovechando el resentimiento que genera la insatisfacción identitaria intensifican la sensación negativa que emana de los procesos transicionales ocurridos en España después de la muerte de Franco. En general, podemos encontrar tres principales ejes temáticos acerca de los cuales versan los novelistas: política, violencia y, en general, conflictos sociales.

La Transición española como época clave en la reformulación de la identidad española actual**Política**

Los que más directamente intentan romper con la imagen de la Transición como hasta el momento se ha interpretado son los autores que se centran en la descripción de la vida política tanto actual como la de la Transición. Con el cambio del milenio apareció una serie de novelas en las que los autores continuaban en la dirección iniciada por Antonio Muñoz Molina en los años noventa, es decir, mediante un sentimiento del desencanto del presente llegar a interpretar el reciente pasado español. Mientras que Muñoz Molina en su novela *Ardor guerrero* (1995) reflexiona sobre la caducidad del servicio militar obligatorio, Juan Luis Cebrián en *La agonía del dragón* (2001) o en su continuación *Francomoribundia* (2003) se centra, entre muchos otros motivos, en el del desencanto de los partidos políticos que, según el autor, no lograron desempeñar un papel transformador en su momento. Esta sensación del fracaso se traduce en la presente crisis de las instituciones políticas. La misma temática la encontramos por ejemplo en *El socialista sentimental: una novela sobre el desencanto político* (2000) de Francisco Umbral, como se puede observar a partir del propio título de la obra. Quizá la mejor manera de cómo describir la incertidumbre, la ilusión y la ulterior desilusión de los militantes izquierdistas la encontraron Lidia Falcón en *Al fin estaba sola* (2007) y antes Rafael Chirbes en *La caída de Madrid* (2000) y *Los viejos amigos* (2003).

Un nivel más profundo del desencanto hacia la política y de la presentación de la Transición como un período culpable de todos los males del presente lo propone Francisco Casavella en la parte central de su trilogía *El día de Watusi* titulada *Viento y joyas* (2002). En ella el autor catalán describe la Transición como un fraude total en el que los principales actores políticos intentan conservar el sistema político franquista, llegando hasta los límites de una teoría de conspiración. Una actitud parecida la tiene Manuel Rivas en *El último día de Terranova* (2015), una novela en la que compara la situación española después de la muerte de Franco con la ocurrida en Argentina después de la Ley de Punto Final promulgada en 1986. En los planteamientos del autor es visible el eco del afamado «pacto del olvido» o «pacto del silencio» al que ya hemos hecho referencia.

Por su parte, otro motivo que suele repetirse en las novelas actuales sobre la Transición es la fabricación de biografías falsas. En este apartado podemos mencionar la novela *Así empieza lo malo* (2014) de Javier Marías y, en cierto sentido, también *El impostor* (2014) de Javier Cercas. De todas maneras, es este escritor quien en su *Anatomía de un instante* (2009) intenta presentar una novela total de la Transición diseccionando los diez minutos del golpe de Estado de 23F que quedaron grabados por las cámaras de televisión. Si bien Cercas en su novela al final comprende la motivación que llevó a la generación de sus progenitores —es especialmente visible la unión simbólica entre Suárez y el padre de Javier Cercas— a protagonizar la Transición tal y como ocurrió, no fue otra su motivación que presentar el golpe de 23F como símbolo del fracaso de la reciente democracia española. Otros autores menores que intentan reinterpretar el pasado transicional español son Belén Gopegui, que en *Acceso no autorizado* (2011) relata una historia sobre el espionaje dentro del gobierno español en la época zapaterista que tiene su origen en la realidad política de la Transición, o Juako Escaso en *Todo que*

ganar (2015), una novela que compara a los sindicalistas de la Transición con el movimiento okupa en el Madrid contemporáneo.

Violencia

Si bien la violencia estaba presente en todas las producciones literarias del género negro prácticamente desde *Los mares del Sur* (1979) de Manuel Vázquez Montalbán, en las novelas recientes —*Días sin tregua* (2006), de Miguel Mena, *Operación Gladio* (2011), de Benjamín Prado, o *El día de mañana* (2011), de Ignacio Martínez de Pisón— está representada como un componente más de un proceso fraudulento e inconcluso. Quizá es *El jardín colgante* (2012), de Javier Calvo, la novela negra en donde mejor se ve el empeño del autor en representar la Transición como una época caótica y violenta, en la cual los únicos que sacaron algún provecho fueron los arribistas que lograron cambiarse de chaqueta a tiempo y asegurarse un éxito en la actualidad, motivo que desarrolla también Javier Cercas en *Las leyes de la frontera* (2012).

Un eje temático especial, relacionado con la violencia, es el referente a la problemática del terrorismo vasco. Una gran parte de la producción cultural entre los años de la Transición y finales de los años noventa —literatura incluida— ha observado la actuación de la ETA con una simpatía más o menos abierta¹⁰. Como ejemplos de esta actitud nos pueden servir las novelas *Twist* (2013) de Harkaitz Kano, *Cien metros* (1976, 2017) de Ramón Saizarbitoria o la producción literaria de Bernardo Atxaga. Estos autores en sus textos, al lado de la lucha terrorista vasca, destacan la violencia y las malas prácticas de los cuerpos policiales. Esta situación, que de una manera eufemística se vino a denominar «guerra sucia», intentándose comparar con esta etiqueta las prácticas reprobables de la banda terrorista con la actuación del Estado, cambió bastante con la llegada del nuevo milenio cuando los novelistas, incluido los vascos, intentaron reflejar de una manera más profunda el panorama de la sociedad vasca y su difícil convivencia con el terrorismo. Al lado de la obra *Patria* (2016) de Fernando Aramburu, que alcanzó una enorme popularidad, podemos mencionar, entre otros, la novela *El comensal* (2015) de Gabriela Ybarra en la que la autora relata el asesinato de su abuelo por parte de la banda vasca, *El ángulo ciego* (2008) de Luisa Extenique que desarrolla un tema parecido o *Una tumba en el aire* (2019) de Adolfo García Ortega. Aunque en las últimas novelas citadas están las víctimas en el centro de atención de los autores, no exageraremos si decimos que son más bien «un reflejo de los efectos de la violencia terrorista en la propia sociedad vasca, así como de la memoria de la Transición, que fue vista en ciertos sectores como una prolongación de la dictadura franquista, como quería ETA, o como un proceso inacabado debido, entre otros factores, a la propia persistencia del terrorismo» (Pasamar, 2019: 300). De todas maneras, la violencia durante la Transición estuvo omnipresente: entre 1975-1985 se computaron 3 200 actos violentos en total lo que distingue la transformación española de la griega o portuguesa ocurridas por mismas fechas (Casals, 2016: 14-15).

¹⁰ Cfr. e. g. un estudio titulado «El terrorismo a través del cine. Un análisis de las relaciones entre cine, historia y sociedad en el País Vasco» de Santiago de Pablo (1998) o subcapítulo «Víctimas y verdugos: la literatura sobre ETA» de Gonzalo Pasamar (2019).

Conflictos sociales

Uno de los aspectos clave de la Transición española es la transformación de la sociedad. Aunque los españoles del tardofranquismo no distaban mucho de sus vecinos de la Europa occidental, era comprensible que después de la muerte del dictador España viviera una época de una frenética moderación y liberalización. Sin duda alguna, la mayoría de los cambios sociales —entre los que destaca la legalización del divorcio en 1981— son vistos con buenos ojos en la actualidad, pero no por ello los autores dejaron de verlos con cierta preocupación. El ya mencionado divorcio y los consecuentes problemas de convivencia familiar son motivos de novelas como *Derecho natural* (2017), de Ignacio Martínez de Pisón, u *Hotel Transición* (2016), de Jesús Ruiz Mantilla. El papel de los sentimientos en las dos novelas es además intensificado por el hecho de que sus protagonistas y observadores de lo que pasa sean niños. Como venimos ilustrando, los sentimientos en sí importan mucho en la actual imagen de la Transición española. De ahí que haya un importante crecimiento de la literatura que se ocupa del papel y de los sentimientos de las mujeres. Entre la vasta producción de la literatura feminista —o no tan feminista— podemos mencionar a aquellas autoras que reinterpretan o al menos repiensan la supuesta liberación de la mujer ocurrida durante la Transición española, cuyo reflejo más visible y también más extremo fue el fenómeno del *destape*. Mencionemos a dos autoras: Marta Sanz en su novela *Daniela Astor y la caja negra* (2013) formula preguntas que cuestionan el discurso feminista sobre la Transición, por otra parte, Clara Usón en *El asesino tímido* (2018) recoge las experiencias vitales de Sandra Mozarowsky y su supuesto romance con el monarca. Una mirada diferente —aunque sí femenina— hacia el reciente pasado español la presenta Elena Medel en la reciente novela *Las maravillas* (2020).

Conclusión

Al inicio de nuestro estudio hemos hablado del afán de la actual izquierda de «deconstruir la verdad». En España la deconstrucción pasa, entre otras cosas, por la resignificación de la Historia. En virtud de la memoria histórica se ha deconstruido el origen, el transcurso y el significado de la Guerra Civil, ahora toca deconstruir la Transición. Mientras que hace dos décadas toda una generación se sintió orgullosa de haber protagonizado un acontecimiento histórico singular que no solo libró a España de una dictadura, sino que «proyectó la primera gran imagen cívica positiva de la historia de España desde la Guerra de la Independencia» (Payne, 2017: 276), es decir, la imagen de la Transición como un presente democrático y liberal, a día de hoy, la Transición se ve como el origen del presente deficitario. La crisis económica, el 15M, la desintegración del bipartidismo, la aparición de movimientos populistas, la cada vez mayor fuerza política de partidos nacionalistas vascos y catalanes, el golpe de Estado catalán de 2017, el blanqueamiento del terrorismo vasco por parte de cierto sector intelectual y político y un largo etcétera de actividades y posturas basadas en la identidad de colectivos particulares y su resentimiento crea una sensación de que el origen de estos problemas hay que buscarlo precisamente en la época después de la muerte de Franco, en la época en la que se formó la identidad

actual de los españoles. Y si esta sensación es intensificada por colectivos sociales que pretenden imponer su versión particular de la historia en virtud de su identidad estamos ante un grave problema de convivencia en España. Se ha dicho que las naciones existen solo cuando sus miembros comparten las mismas tradiciones y perciben de una manera similar su historia. Si se deconstruye el *locus fundacional* de la actual realidad española, desaparecerá también la identidad de España. Como dice Stanley G. Payne, «España es el único país occidental, y probablemente del mundo, en el que una parte considerable de sus escritores, políticos y activistas niegan la existencia misma del país declarando que “la nación española” sencillamente “no existe”» (2017: 283).

Bibliografía citada

- CASALS, Xavier (2016). *La Transición española: el voto ignorado de las armas*. Barcelona: Pasado & Presente.
- CASTILLO CEBALLOS, Gerardo (2019). «El auge del victimismo y la cultura de la queja» [online]. *Vida Universitaria Universidad de Navarra*. [Cit. 20/11/2020]. Disponible en: https://www.unav.edu/web/vida-universitaria/detalle-opinion/2019/07/09/el-auge-del-victimismo-y-la-cultura-de-la-queja/-/asset_publisher/4kYB/content/2019_07_10_edu_opinion_auge_victimismo_y_cultura_queja/10174.
- CONSEJO DE MINISTROS (2020). Anteproyecto de Ley de Memoria Democrática [online]. [Cit. 20/11/2020]. Disponible en: <https://www.lamoncloa.gob.es/consejodeministros/Paginas/enlaces/150920-enlace-memoria.aspx#:~:text=El%20objeto%20de%20esta%20Ley,la%20Dicitadura%20franquista%20hasta%20la>.
- FUKUYAMA, Francis (2002 [1992]). *Konec dějin a poslední člověk* [El fin de la Historia y el último hombre]. Praha: Rybka Publishers.
- FUKUYAMA, Francis (2019 [2018]). *Identidad La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*. Barcelona: Ediciones Deusto.
- GIGLIOLI, Daniele (2017). *Crítica de la víctima*. Barcelona: Herder Editorial.
- HIRSCH, Marianne (1992). «Family pictures: Maus, Mourning and Post-Memory», *Discourse: Journal for Theoretical Studies in Media and Culture*. 15, 2, pp. 3-29.
- JULIÁ, Santos (2006). *Memoria de la guerra y del franquismo*. Madrid: Taurus.
- JULIÁ, Santos (2010). «Cosas de la Transición que se cuentan», *Ayer*. 79, pp. 279-319.
- KIMBALL, R. (2015). «Pictures from an Institution», *Quadrant*. 95, 12, pp. 46-49.
- MLČOCH, Jan (2018). «Algunas observaciones sobre la recepción crítica de la tal llamada novela de la memoria histórica en España», en: Liana Hotařová (ed.), *Pasión por el hispanismo III*. Liberec: Universidad Técnica de Liberec, pp. 151-162.
- NAVAL, María Ángeles (2019). «Memoria de la Transición en la novela española de los 2000», en Carmen Peña Ardid (ed.). *Historia cultural de la Transición. Pensamiento crítico y ficciones en literatura, cine y televisión*. Madrid: Catarata, pp. 98-117.

La Transición española como época clave en la reformulación de la identidad española actual

- PABLO, Santiago de (1998). «El terrorismo a través del cine. Un análisis de las relaciones entre cine, historia y sociedad en el País Vasco», *Comunicación Social*. 11,2, pp. 177-200.
- PASAMAR, Gonzalo (2019). *La Transición española a la democracia ayer y hoy. Memoria cultural, historiografía y política*. Madrid: Marcial Pons.
- PAYNE, Stanley (2017). *En defensa de España. Desmontando mitos y leyendas negras*. Barcelona: Espasa.
- ROS FERRER, Violeta (2020). «Lo que en el presente queda: hacia una memoria intergeneracional de la Transición en el campo literario contemporáneo», en María Ángeles Naval y José Luis Calvo Carrilla (eds.), *Narrativas disidentes (1968-2018). Historia, novela, memoria*. Madrid: Visor libros, pp. 151-163.
- SAZ, Ismael (2007). «El “moment memoria”. Justícia, veritat i reconciliació democrática», *Afers*. 22, 56, pp. 27-40.
- SCRUTON, Roger (1989). *Slovník politického myšlení*. Brno: Atlantis.
- SCRUTON, Robert (2004). *England and the Need of Nation*. London: Civitas.
- ŽENÍŠEK, Marek (2006). *Přechody k demokracii v teorii a praxi*. Plzeň: Vydavatelství a nakladatelství Aleš Čeněk.